

enfrenada licencia de costumbres ! ¡ qué ceguera la de los ancianos en no dedicar siquiera el resto de sus cortos y miserables días al negocio importante de la salvacion ! ¡ qué ceguera la de las personas devotas en dar en tantas y tan perniciosas ilusiones ! ¡ qué ceguera, en fin, la de las almas religiosas en descuidar tanto de la perfeccion de su estado, y en vivir una vida tan poco regular !

Libradme, Señor, por vuestra misericordia de un mal que conduce á la mayor de todas las desgracias. Y pues todavía me alumbráis para que conozca el peligro, haced, mi Dios, que le evite, y que trabaje seriamente en mi salvacion mientras me ilumina la luz.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que vea, y que no camine en tinieblas. (*Marc. 10.*)

Abrid, Señor, mis ojos para que jamás se cierren con el sueño fatal de la muerte eterna. (*Psalm 12.*)

PROPOSITOS.

1 La ceguedad interior tanto es mas funesta, cuanto es mas voluntaria, y por lo mismo mas dificultosa de curar. El ciego de Jericó gritaba con todas sus fuerzas: *Señor, tened misericordia de mí*; preguntale el Salvador: *¿Qué quieres haga contigo?* solo por oírle decir: *Señor, que vea.* No pide que le curen el que no se imagina enfermo. Pocos ciegos hay de alma y corazon que juzguen están verdaderamente ciegos; por eso hay pocos que sanen de su ceguera. De aquí nace aquella obstinacion en el error, aquel partidario encaprichamiento, aquella tenacidad del propio juicio, aquellas fanáticas ideas, que siendo siempre efecto de alguna violenta pasion, cierran la entrada á la conversion, y todas las ventanas á la luz y á la impresion de la gracia. Este es el estado mas infeliz de todos los estados; considérale como tal, y por tanto desconfia de tu propio juicio, de tu propia opinion, de tus limitados alcances, y sujétalos con docilidad, no solo al juicio de la santa Iglesia, sin lo cual no hay salvacion, sino tambien al de los que te gobiernan, sin lo cual corres gran peligro de descaminarte y de precipitarte en el error. Serás dócil si fueres humilde; la ceguedad interior siempre es efecto del interior orgullo y de la corrupcion del corazon.

2 El Evangelio es la regla de las costumbres; viven ciegos los que solo se gobiernan por las máximas del mundo; y de

aquí proviene aquella fatal seguridad en sus descaminos. Todas las pasiones ciegan; desconfia de todo lo que tiene parentesco con ellas, y guárdate bien de juzgar ni aun la mas minima cosa en su tribunal. Observa las advertencias siguientes. Primera: Te ha inquietado, ó te ha desobedecido un hijo, un subdito, un criado; disimula, difiere la correccion hasta que estés sosegado y tranquilo; es menester medio dia, y algunas veces son necesarios muchos para que se serene la pasion, y esta dilacion siempre te será muy provechosa. Segunda: La misma regla has de observar en todos los que te ofenden. Despues de la tempestad y en la calma se presentan los objetos muy de otra manera; entonces podrás obrar como cristiano y como prudente. Tercera: Profesa una humilde, ciega y perfecta sumision á todas las decisiones de la Iglesia, como tambien una entera deferencia á las órdenes de tus superiores. El primer fruto de la ceguera es la indocilidad; y la mayor prueba de la indocilidad es la adhesion al propio juicio. Cuarta: Condena todas las maximas del mundo, y mira su espiritu con horror. Solo la ceguedad interior puede autorizar como del todo inocentes su profanidad, su ociosidad, sus diversiones, sus juegos, sus espectáculos, sus concursos peligrosos. Quinta: Ten un director santo, ó por lo menos sabio y desinteresado; y nada obres sin su consejo ó sin su orden. *Ne imitaris prudentiam tuam*, dice el Sabio. (*Prov. 3.*) No te fies en tu prudencia. Vemos las caras de los otros, pero no vemos la nuestra; no es mucho que no descubramos nuestras manchas.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN DESIDERIO, obispo, en Langres de Francia, el cual viendo á su rebaño muy oprimido por el ejército de los vándalos, fué á suplicar al rey que impidiese aquellos insultos; pero el rey mandó al instante degollarlo; y el Santo ofreció alegremente su cerviz por las ovejas que le habian sido confiadas: habiéndole degollado, voló al Señor. Con él sufrieron igualmente el martirio muchos de su rebaño, los cuales fueron sepultados en la misma ciudad. (Sucedió que cuando el verdugo hirió al santo obispo, saltaron muchas gotas de su sangre sobre un libro, las cuales agujerearon muchas hojas sin tocar ninguna letra: en cuyo testimonio hasta hoy se guarda y muestra el dicho libro. Fué el martirio de S. Desiderio en tal dia por los años del Señor 411, si bien quieren algunos sea el de 346.)

LOS SANTOS EPITACIO, obispo, y BASILEO, mártires, en España. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES QUINCIANO, LUCIO Y JULIANO, en Africa, los cuales en la persecucion de los vándalos fueron martirizados, mereciendo la eterna corona.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, en Capadocia, que en la persecucion de Maximiano Galerio padecieron, habiéndoles quebrado las piernas: y tambien de aquellos otros santos que al mismo tiempo en la Mesopotamia consumaron el martirio habiéndolos colgado por los pies cabeza abajo, ahogados con humo, y quemados á fuego lento.

SAN DESIDERIO, obispo de Viena, en territorio de Leon de Francia, el cual mereció la corona del martirio, siendo apedreado por orden del rey Teodorico (porque habia reprendido agriamente los amores incestuosos y crueldades de Brunequilda su madre, que era la que gobernaba en realidad.)

SAN MIGUEL, obispo, en Sinnada en Frigia.

SAN MERCURIAL, obispo, en el mismo dia.

SAN EUFEBIO, obispo, en Nápoles de Campaña.

LOS SANTOS EUTIQUIO Y FLORENCIO, monges, en Norsa, de quienes hace mencion S. Gregorio papa.

LA APARICION DE SANTIAGO APÓSTOL.

EL apóstol Santiago, que recibió de Jesucristo la comision de predicar á los españoles el Evangelio, segun entiende santo Tomás de Villanueva el cumplimiento de la peticion hecha al Hijo de Dios por la madre de los Zebedeos; despues que con sumos trabajos y penosas peregrinaciones puso en ejecucion la voluntad de su Maestro, viniendo á predicar á esta region dichosa, no ha olvidado jamás desde el cielo el promover con su poderosa intercesion sus felicidades, procurándolas muchas veces con repetidos milagros. La Iglesia de España, justamente agradecida á los beneficios de tan benéfico patrono y padre de su fe, celebra con solemnes festividades los dones preciosos con que ha sido enriquecida. Uno de ellos, y el mas considerable despues del primitivo de su predicacion, es la aparicion portentosa de este santo Apóstol, con que libró á España de la mayor ignominia, peleando en sus batallas, y capitaneando sus escuadrones para darla una victoria enteramente milagrosa y fuera de sus esperanzas. La autoridad de nuestra Iglesia que celebra esta festividad, y los multiplicados escritos de varones sabios que refieren esta aparicion, hacen calmar las dudas que la curiosa erudicion de algunos modernos ha esparcido sobre este hecho piadoso, que deducido de nuestros historiadores es como se sigue.

En el tiempo del cobarde y lúbrico Mauregato llegó España á un estado de infelicidad y de impotencia, igual al de soberbia y de poder á que habia subido la dominacion de los sarracenos.

Conocieron éstos la flaqueza y debilidad de los cristianos, quienes sumergidos en la molicie y demás vicios vergonzosos, se habian olvidado de aquel antiguo valor en las armas, que habia dado en que entender por espacio de mas de dos siglos á todo el orgullo y fuerzas formidables de aquella república, que las tuvo suficientes para destruir á Cartago. Llevaron, pues, su insolencia hasta el exceso de pedir un tributo á los príncipes españoles tan inicuo como vergonzoso. Consistia este en pagar anualmente cien doncellas casaderas, que se sorteaban entre las mas nobles y hermosas, para servir á la incontinenencia de los bárbaros. Los españoles vivian por esta causa en una continua amargura. Criaban á sus hijas con cuidado y regalo; pero considerando al mismo tiempo que habia de venir un dia en que las apartasen de su seno, para entregarlas como inocentes corderas en las garras de lobos carníceros; el dolor, las lágrimas y suspiros de las piadosas madres al ver tan precioso fruto de sus entrañas prostituido á la bárbara carnalidad de los enemigos de Jesucristo, se tenian que sofocar y desentender á vista de la cobardía y abatimiento en que estaba sumergida España. Las inocentes doncellas se veian precisadas á dejar el amado seno de sus padres, sus parientes, sus amigas, la tierra amada en que habian sido criadas, y alejarse de la sacrosanta religion en que habian sido educadas para vivir con una gente bárbara y feroz, embrutecida con los excesos de la carnalidad, y ciega con las tinieblas de una brutal supersticion. Ni las sentidas lágrimas que corrían por sus hermosos rostros, ni los gritos que enviaban al cielo, levantando á él las manos, é implorando su piedad; ni el arrancar sus cabellos, ni llevar el aire de lastimosos suspiros eran parte para que se dejase de cumplir el inicuo pacto que las adjudicaba á los sarracenos por tributo.

Tanta calamidad, tan vergonzosa miseria no tenia esperanza de verse ahuyentada de nuestra España sin un especial patrocinio del cielo; porque las fuerzas excesivamente inferiores á las de los bárbaros, la cobardía que se habia apoderado de los corazones viciosos, y la habitud que habian contraido los españoles con la infamia, cerraban las puertas á todo humano socorro. Quiso finalmente el cielo poner término á tanta desventura, infundiendo en el corazon de Ramiro, príncipe glorioso, que mandaba por entonces á los españoles, el generoso pensamiento de quitar de su pueblo este escándalo afrentoso. Era el rey de los moros á la sazón Abderraman II, hombre soberbio y feroz, que con la prosperidad de las victorias que habia conseguido contra su tio en el principio de su reinado, se habia hecho mucho mas

poderoso é insolente. Deseaba con ansia mover guerra contra los cristianos , para lo cual buscaba algun pretexto especioso con que colorear sus infieles intenciones. Habia habido alguna interrupcion en la paga del inicuo tributo , bien fuese por retardarle con alguna seriedad los españoles , ó bien porque los moros detenidos en otras guerras no estaban en disposicion de hacérsele pagar con las armas. Envió , pues , embajadores á Ramiro , exigiendo orgulosamente las cien doncellas , y acompañando esta exaccion con terribles amenazas. Bien conoció el prudente rey que este era un medio de declararle la guerra ; y como su poder era tan inferior , no dejó de turbarse y concebir algun temor ; pero gobernando su corazon el honor y la piedad , y mucho mas fortaleciéndole los influjos celestiales , determinó pasar primero por todos los contratiempos y reveses de la fortuna , que consentir en la ejecucion de tan torpe infamia. Despidió á los embajadores con entereza y severidad , asegurándoles que solamente el derecho de gentes les podia libertar del justo castigo que merecia su torpe comision. Luego que partieron los embajadores llamó á consejo Ramiro á sus grandes para deliberar sobre los medios de la guerra , que ya miraban como declarada. El zelo del honor y de la religion encendió los corazones de todos , de modo que la tuvieron por justa , y prometieron emplear en ella no solamente sus haciendas , sino su sangre y sus vidas.

Establecido esto , hicieron levas en todo el reino para juntar un ejército respetable , forzando á alistarse y tomar las armas á todos aquellos que eran capaces de manejarlas , reservando prudentemente los brazos necesarios para el cultivo de los campos , de donde le habia de venir la principal fuerza al ejército. Sabia muy bien el prudente príncipe que no consiste la fuerza de un ejército en lo numeroso , sino en lo bien disciplinado y bien mantenido ; por tanto , sus providencias tiraban á precaver los desastres de la hambre aun mas que los de la guerra. Habiéndose juntado un ejército lo mas crecido que se pudo en aquellas circunstancias , salieron contra los moros , acompañando las banderas los sacerdotes , obispos , grandes y próceres del reino , y toda persona respetable. Sin embargo de que iban á pelear por una causa tan justa , como conocian el gran poder del enemigo , su orgullo y soberbia , iban sumamente rezelosos de poder alcanzar victoria. Encomendaron mucho á Dios la espedicion ; armáronse con la señal santa de la cruz , y para dar á entender al enemigo que estaba lejos de ellos el temor , rompieron por sus tierras haciendo correrias y talas , particularmente en la Rioja , que entonces pertenecia á los sarracenos. El rey de éstos , Abderraman , no se descuidaba por su

parte en reclutar gentes de sus estados , proveerlos de armas y caballos , y hacerlos ejercitar en los movimientos de la guerra. Hizo además de esto que le viniesen gentes del Africa , gran cantidad de provisiones , y quanto juzgó necesario para dejarse caer como un rayo sobre los cristianos , y hacerles pagar el infame tributo. Caminaron los dos ejércitos , buscándose uno á otro con deseos de encontrarse , y con los rezelos que produce el saber que las contingencias de la guerra son varias y la fortuna caprichosa. Cerca de Albelda , fortaleza respetable en aquel tiempo , y conocido despues por el monasterio de S. Martin , que edificó en aquel pueblo D. Sancho , rey de Navarra , llegaron á avistarse los dos campos de cristianos y de moros.

La priesa con que se habia juntado nuestro ejército no permitia que sus soldados fuesen muy diestros en el arte de pelear ; por el contrario , los enemigos traian soldados veteranos , enseñados con la esperiencia y ejercicio , lo cual , junto con la superioridad del número , les daba mucha ventaja. Sin embargo , dióse la batalla de poder á poder , y con el mayor ardimiento , en las comarcas de Albelda , batalla de las mas sangrientas y memorables que se dieron en aquel tiempo. Peleaban por una y otra parte los soldados como rabiosos leones ; nuestros capitanes acudian á todas partes , encendiendo y animando á nuestros soldados mas poderosamente con el ejemplo que con las palabras ; pero la victoria permanecia indecisa. Ya llegaba la noche sin desistir de la pelea y la matanza ; pero como los soldados de los moros eran tantos en número , y se sucedian unos á otros , entraban de refresco en la pelea , y llegaron ya á debilitar nuestro ejército de manera , que solamente el cerrar la noche con grandes tinieblas y oscuridad pudo quitar á los moros una completa victoria. Esta noche fué el remedio de los cristianos , así como acontecè que de pequeñas casualidades suele muchas veces tomar ocasion la fortuna para manifestar maravillosos acaecimientos en la guerra. El rey Ramiro , viendo á sus gentes sumamente destrozadas y desfallecidas por el trabajo y el cansancio del dia , se retiró á un recuesto que allí cerca estaba , en donde se atrincheró lo mejor que pudo para guardarse de cualquier insulto del enemigo. Esta accion , aunque no dejó de ser de soldado prudente y experimentado en aquellas circunstancias , era indicio de que su corazon se reconocia algun tanto por vencido. En aquella noche hizo curar á los heridos , y aunque los sucesos del dia les habia hecho perder toda esperanza de felicidad , dirigian á Dios sus votos con gran copia de lágrimas , esperando en su divina misericordia que no permitiria que el pueblo cristiano fuese presa de sus enemigos. El rey lleno

de amargura y de dolor, enviaba sus suspiros al cielo demandando piedad, y solicitando que aplacase sus enojos. Quebrantado de su misma tristeza se quedó dormido, y entre sueños vió al apóstol Santiago, que con grande majestad y grandeza confortaba su corazón, asegurándole que diese la batalla, con la certidumbre de que conseguiría la victoria. Con un anuncio tan feliz despertó el rey sumamente regocijado, y mandando juntar inmediatamente á los prelados y á los grandes, les hizo un discurso lleno de confianza y animosidad en estos términos:

«Todos cuantos estais presentes, ó esforzados varones, sabéis tan bien como yo la triste situacion en que nos hallamos: la batalla de ayer fué para nosotros mas presto adversa que favorable, y hubiéramos sido vencidos si á nuestra debilidad y corto número no hubiera favorecido la noche. Gran parte de nuestros bravos soldados yacen muertos en esa campaña. Sabéis cuan considerable es la de los heridos, y que el temor de suerte mas funesta tiene á los demás amedrentados. Los enemigos, que por su número nos eran superiores, han cobrado nuevas fuerzas con nuestro destrozo y con los beneficios que lograron ayer de la fortuna. El honor y la religion nos han juntado en este sitio: huir es cosa vergonzosa; permanecer atrincherados sin esperanza de socorros es cosa imprudente; y así no nos queda mas medio que volver á la pelea, y verter, si fuese menester, nuestra sangre en defensa de la patria, del honor y de la religion. Ensanched vuestros corazones, y confiad en que cuanto nos falta de fuerzas naturales y de socorro humano, otro tanto suplirá el cielo con sus beneficios. Avivad la fe en vuestras almas, y no creáis que es supersticion lo que vais á oír. Sabed que esta noche me se ha aparecido en sueños el apóstol Santiago, y me ha certificado de la victoria contra nuestros enemigos. Fijad, pues, una santa confianza en vuestros corazones, que aunque la fácil credulidad es criminal, apoyada en ligeros motivos, es mayor delito todavía la falta de fe, cuando el cielo la atestigua con sus maravillas en tan críticas circunstancias. Ea, pues, amigos, arrojad todo temor de vuestros pechos: por no pagar un infame tributo juzgastéis debido derramar vuestra sangre: ahora ya no hay medio; ó quedar esclavos y cautivos de los moros, ó vencerlos en batalla, abatiendo su orgullo, defendiendo nuestra libertad, rescatando el honor de nuestras hijas, y poniendo en salvo los augustos misterios de la santa religion que profesamos.» Pronunciado este discurso, que hizo en los soldados y grandes todo el efecto que deseaba, y refrescadas sus tropas, mandó ordenar los escuadrones, y hacer la señal de pelea.

Nuestros soldados, cual si fueran bravos leones, acometieron á los enemigos, apellidando á grandes voces á Santiago; de donde tiene su origen la costumbre de decir los españoles al tiempo de acometer: *Santiago cierra á España*. Sorprendiéronse los sarracenos al ver el ímpetu y valor con que les acometían unos enemigos á quienes contaban por vencidos, y creció mas su confusion con los favores que nos vinieron del cielo.

Santiago, cumpliendo la palabra que habia dado al rey entre sueños de auxiliar sus tropas, se dejó ver en el aire cercado de una luz resplandeciente que deslumbraba y producía contrarios efectos: en los cristianos valor, alegría y confianza; y en los moros tristeza, terror y espanto. Venia el santo Apóstol montado en un caballo blanco mas que la nieve; en la una mano traia un estandarte con la señal sacrosanta de la cruz, y en la otra una fulminante espada que parecía un rayo segun la velocidad y destrozo con que la esgrimia. Púsose á la frente de nuestras tropas, y con su vista creció en estas el denuedo y la confianza; y en las sarracenas entró tal terror, que se pusieron en precipitada fuga. Siguiéron los nuestros el alcance, y en él mataron cerca de setenta mil moros, apoderándose despues de muchos lugares y tierras que estaban en su poder, entre ellos Albelda y Calahorra. Consiguíose esta milagrosa y memorable victoria en el año del Señor 844, y segundo del reinado de Ramiro. Dieron gracias á Dios por una accion tan gloriosa que quitó de España un tributo tan infame, y abatió por entonces al orgullo del mas poderoso rey de los sarracenos. Dicese que en agradecimiento de este grande beneficio hizo el rey, juntamente con los grandes y prelados, un solemne voto al apóstol Santiago, obligando á todas las provincias de España á pagar anualmente á su Iglesia cierta cantidad de trigo, el cual voto aparece despues confirmado con bulas pontificias, y pagado por algunas provincias. Con los despojos de esta victoria, que fueron riquísimos, hizo Ramiro construir cerca de Oviedo una iglesia magnífica, dedicándola á la Madre de Dios; y otra no lejos de allí, con la advocacion de S. Miguel. Agradecida la Iglesia de España á tan singular beneficio, celebra en este dia esta portentosa aparicion, reconociendo en ella á Santiago, no solamente por padre de su fe, sino tambien por su patrono.

SAN EPITACIO Y SAN BASILEO, MÁRTIRES.

SAN Epitacio, cuya memoria es y ha sido célebre en el obispado de Plasencia, nació, segun nos dicen varios escritores

nacionales, en aquella antigua ciudad de la provincia de Andalucía de padres infieles, los que le educaron en las ridículas supersticiones del gentilismo; por lo que vivió envuelto en las miserables sombras de la muerte, hasta que oyó predicar las infalibles verdades de la religion cristiana á S. Pedro, obispo de Braga, comunmente llamado de Rates, por haber sido aquel pueblo donde padeció martirio. Era este uno de los mas famosos discipulos que tuvo el apóstol Santiago, cuando nizo resonaren España la voz del santo Evangelio con aquel espíritu, y con aquel valor que nos dan idea del carácter de aquel zeloso operario del Padre de familias, á quien reconoce la nacion por su inclito patrono; y siguiendo Pedro los vestigios de su maestro, sembró la semilla de la palabra divina por diferentes pueblos de Portugal y de otras provincias contiguas. Hizo en ellas maravillosas conquistas para Jesucristo, y entre los muchos paganos que convirtió, fué uno Epitacio, que desengañado de los crasos errores de la idolatría por la predicacion de Pedro, no tuvo repugnancia en abrazar nuestra santa religion, conyencido que fuera de ella no hay salvacion para los hombres. Dejó su patria, padres y bienes por seguir hasta Braga á su catequista, bajo cuya enseñanza se adelantaba considerablemente cada dia; y conociendo Pedro el ardor que manifestaba Epitacio por dilatar el reino de Jesucristo, como estaba bien informado de la pureza de su fe y de sus eminentes virtudes, le consagró obispo, á fin de que se ejercitase en las funciones de aquel alto ministerio. Dispensólas Epitacio primeramente en Tuy, y despues en Plasencia, y manifestándose en ambas ciudades como un verdadero sucesor de los apóstoles, redujo á nuestra santa fe á muchos gentiles con la luz de su celestial doctrina.

Supo el gobernador de Plasencia las conquistas que hacia el insigne obispo; pero como sus procedimientos eran diametralmente contrarios á los edictos imperiales, que se dirigian á extinguir el nombre y religion de Jesucristo, mandó ponerlo en una dura prision, donde padeció innumerables trabajos. Solicitó despues el gobernador obligarle á que prestase adoracion á los ídolos; pero el horror que causó á Epitacio la sacrilega impiedad á que queria precisarle, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano en términos, que haciéndole padecer esquisitos tormentos con Basileo, otro ilustre predicador de Jesucristo, recibieron ambos la corona del martirio en tiempo de la cruel persecucion que movió Neron contra la Iglesia. Dieron los cristianos sepultura á los venerables cuerpos de los dos insignes mártires con la cautela

que les permitian aquellos siglos calamitosos; pero habiéndose hallado las reliquias de Epitacio en el año 534, y continuando despues su veneracion; á instancias del ilustrisimo señor D. Diego Arce y Reinoso, obispo de Plasencia, de su dean y cabildo, concedió la sagrada Congregacion de Ritos por decreto de 8 de octubre de 1650, que se celebre la festividad de ambos mártires en Plasencia y en las demás iglesias de España en el dia 23 de mayo, que fué el de sus gloriosos triunfos.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la que sigue:

O Dios, que encargaste misericordiosamente las gentes españolas á la proteccion de tu bienaventurado apóstol Santiago, y que las libraste por el

de la ruina que las amenazaba; concédenos que con la proteccion del mismo santo Apóstol lleguemos á gozar de la paz eterna. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del libro segundo de los Macabeos, cap. 15.

En aquellos dias Macabeo tenia siempre fe viva y esperanza de que Dios le habia de dar socorro, y exhortaba á los suyos á que no temiesen ver venir contra ellos las naciones, sino que se acordasen de como en otro tiempo habian sido ayudados del cielo, y esperasen entonces que el Omnipotente les habia de dar victoria; y hablándolos de la ley y los profetas, y acordándoles las empresas que antes habian acometido, los hizo mas animosos; y habiendo fortalecido de esta manera sus corazones, les ponía delante de los ojos la perfidia de las gentes, y como habian violado los juramentos. Armó á cada uno de sus soldados, no con lanza y escudo, sino con escelentes razonamientos y exhortaciones, refiriéndoles un

sueño fidedigno, con el cual á todos llenó de alegría. Fué la vision de esta manera. Veía á Onias, el cual habia sido sumo sacerdote, hombre bueno y benigno, ejercitado desde niño en las virtudes, pudoroso en el semblante, modesto en sus costumbres, y gracioso en las palabras, el cual, estendiendo las manos, hacia oracion por todo el pueblo de los judíos; despues de esto, decia haber aparecido otro varon venerable por la edad y por la majestad, ceñido por todos lados de magnificencia: y que Onias respondiéndole, le habia dicho: Este es el amigo de los hermanos, y del pueblo de Israel; éste es aquel que ruega mucho por el pueblo, y por toda la santa ciudad, Jeremias, profeta de Dios. Y que Jere-

mías había alargado la mano derecha, y dado á Judas una espada de oro, diciendo: Toma esta espada santa, don de Dios, por medio de la cual destruirás los enemigos de mi pueblo de Israel. Exhortados, pues, los soldados con las eficacisimas palabras de Judas, capaces de excitar el valor, y confortar los corazones de los jóvenes, determinaron combatir con denuedo, y juntar los escuadrones para que el valor fuese el juez de los negocios, atendiendo á que la ciudad santa y el templo estaban en peligro. Era menor el cuidado que les costaban sus mujeres, sus hijos, sus hermanos y parientes, que el sumamente grande y principal temor que tenian por la santidad del templo: aun aquellos que estaban en la ciudad tenian no poca inquietud por la suerte de los que habian de entrar en batalla. Y estando ya todos esperando la decision de la contienda, presentes los enemigos, puesto en órden el ejército, y los elefantes y la gente de á caballo colocada en lugar oportuno: considerando Macabeo aquella multitud que se avanzaba, y el aparato y variedad

de armas, y la ferocidad de los elefantes, extendiendo las manos al cielo, invocó á aquel Señor que obra prodigios; el cual, no segun la fuerza de los ejércitos, sino segun su voluntad, da la victoria á los que son dignos de ella. Y le invocó con estas palabras: Tú, Señor, que en tiempo de Ezequías, rey de Judá, enviaste tu ángel, y mataste en el campo de Senacherib ciento ochenta y cinco mil hombres, envia tambien ahora, ó Señor de los cielos, á tu buen ángel delante de nosotros con la fuerza del terrible y tremendo brazo tuyo, para que teman aquellos que blasfemando vienen contra tu santo pueblo. De este modo acabó su oracion. Entre tanto, Nicanor y su gente se acercaban al son de las trompetas y de las canciones. Y Judas con los suyos, invocando á Dios con la oracion, acometieron á la multitud; y combatiendo con los brazos, pero invocando á Dios con el corazon, mataron nada menos que treinta y cinco mil hombres, habiendo sido grandiosamente confortados con la presencia de Dios.

REFLEXIONES.

En todos tiempos ha sido Dios el mismo para con aquellos que le sirven con corazon puro y amor verdadero. En todos tiempos ha manifestado la grandeza de su poder á favor de aquellas gentes que ponen en él su confianza. El hecho de Judas Macabeo que refiere la Epistola, de que usa la Iglesia en la fes-

tividad de este dia, es tan semejante á la aparicion que celebra la Iglesia de España, que mas parece identidad que semejanza. Nada hay en este mundo que pueda resistir á la fuerza del poder divino; pero este no se manifiesta sino cuando una fe viva y una firme esperanza en la divina misericordia son el alma y espíritu de nuestras súplicas. He aquí el origen de la ineficacia de nuestras oraciones, y de que nos apartemos de los sagrados altares con el desconsuelo de no haber conseguido lo que solicitamos. En los grandes conflictos, en las necesidades que nos oprimen, en las enfermedades, en el peligro de perder la hacienda, el honor ó la vida, nada hay mas frecuente que acudir los fieles con votos y promesas á implorar la proteccion del cielo, poniendo por intercesores aquellos santos de quienes son devotos. Pero tambien es verdad que nada hay mas frecuente que ver frustradas semejantes diligencias, viéndonos obligados á sufrir los reveses de la fortuna y los males que nos acarrearán nuestros enemigos. Lloramos nuestras desgracias, vemos con dolor que el cielo nos desampara; pero no reflexionamos que está en nosotros mismos la causa de hacer que el cielo observe con nosotros diversa conducta de la que ha tenido con nuestros padres en distintas ocasiones.

Hombre sumergido en delitos, que vas á implorar la intercesion de un santo, cargado de la obscenidad, de la avaricia y de mil injustas operaciones con que molestas á tu prójimo, ¿como pretendes que un justo, á quien desagradan todas esas maldades, se declare en tu favor, quiera ser amigo tuyo, y tomar á su cargo tu proteccion y defensa delante de un Dios, que aunque es padre de misericordia, es tambien Dios de justicia y de venganzas? Mujer profana, que haces de tu cuerpo la piedra de escándalo, en que tropiecen y se precipiten las almas redimidas con la sangre del Crucificado; que empleas en tu adorno todos los lazos que pudiera imaginar el comun enemigo contra la inocencia; que descuidas del gobierno de tu casa, y de la educacion de tu familia, por hacerte espectable en los espectáculos y concurrencias peligrosas, ¿con qué temeridad pretendes que los santos te favorezcan, y que la misma Madre de Dios preste sus oídos á tus súplicas? ¿no temes que sus ojos se horroricen de tu profanidad y de tus costumbres? Desengañémonos: el pretender que nuestro Dios se manifieste con nosotros benéfico y misericordioso, cuando somos con él desconocidos é ingratos y nuestra vida es un testimonio del desprecio con que miramos su poder y sus preceptos, es una loca presuncion, es una locura necia, es una temeridad insoportable. Refórmense primeramen-

te las costumbres : lléguese á las aras del Altísimo con lágrimas de verdadera compuncion : preceda á nuestras oraciones la observancia puntual de los divinos preceptos; y entonces se verá que nuestras novenas son fructuosas, nuestras oraciones eficaces, y nos apartarémolos del santuario llenos de consolacion con los favores del cielo. Así lo esperiméntó el pueblo de Israel cuando le amenazaba una total ruina por el número y superiores fuerzas de sus enemigos; y así lo esperiméntó también España en tiempos mas felices, cuando al valor del corazón y á la fuerza de las armas acompañaban la pureza de las costumbres, una fe viva, y una esperanza firme en la divina misericordia. Dios es inmutable, su ley es la misma; las efusiones de su bondad están siempre prontas: nada hay que pueda retardar el alivio de nuestras miserias, sino nosotros mismos. Seamos, pues, lo que debemos ser, y no dudemos que los santos serán nuestros protectores, y si fuese menester repetirá el cielo sus milagros para librarnos de las enfermedades, de las calumnias, del deshonor; en una palabra, de todos nuestros trabajos y de todos nuestros enemigos.

El Evangelio es del capítulo 20 de S. Mateo, y el mismo que el día vi, folio 118.

MEDITACION.

Sobre la ingratitud.

PUNTO PRIMERO. — Considera que entre los vicios humanos, apenas hay alguno que nos aparte tanto de Dios como la ingratitud que manifestamos á los beneficios que nos hace su divina bondad, ya inmediatamente por sí mismo, ya por medio de sus elegidos.

El gran padre S. Agustín (*cap. 18. Sol.*) asegura que *este vicio es la raíz de todos los males espirituales, y un viento abrasador que deseca todo bien, y cierra á los hombres la fuente de la divina misericordia.* Dicho esto, apenas hay que añadir una palabra á una sentencia tan terrible de un padre de la Iglesia. De ella se infiere cuanto nos aparta la ingratitud de nuestro Dios y Señor, cuando nos cierra la fuente de las divinas piedades. Pero esto es un justo castigo del corazón ingrato, porque no merece menos el desprecio de Dios y de sus beneficios. El olvidar estos, el negarlos, ó no dar continuamente las gracias debidas por ellos, denota en nuestra alma desamor á nues-

tro Criador, y que hacemos poco caso de sus castigos, ó de sus misericordias. El corazón humano es de tal naturaleza, que difícilmente puede simular sus verdaderos afectos. Trata con complacencia las cosas pertenecientes á aquellas personas que ama, se deleita con su memoria, y halla mucho gusto y regocijo en tratar de sus gracias en todas las conversaciones. Por el contrario, odiamos el nombre y la memoria de aquellos que aborrecemos, y encontraríamos satisfaccion en que se borrara del mundo cuanto les hace recomendables. Así como el amor produce amor, de la misma manera el desprecio y odio produce envidia, envidia y horror: de consiguiente, siendo desconocidos para con nuestro Dios, hacemos á este Señor que lo sea con nosotros, y violentamos en cierta manera su bondad para que nos aborrezca. A esto se llega, que con nuestras ingratitudes frustramos los intentos de Dios cuando nos favorece con beneficios; porque no pudiendo ser estos otros que provocarlos á tributarle alabanzas, puesto que ni necesita de nuestros bienes, ni puede tener temor de necesitarlos en lo futuro, resta únicamente el pretender nuestro bien y santificacion, y que ensalcemos su gloria.

No es solo el odio de Dios el que forma la justa pena de nuestra ingratitud, sino que por ella, como que se nos cierra la puerta para poder salir de nuestra miseria. Por la ingratitud nos constituimos indignos de que Dios continúe con nosotros sus acostumbradas gracias, y de consiguiente que perdamos el único asilo que tiene nuestra miseria para levantarse del cieno de sus deslices. Porque, ¿como es creíble que emplee Dios sus beneficios en aquel que los desprecia, y que abusa de ellos para volverse contra el mismo Dios? Por ventura, ¿seremos tan insensatos que queramos hacer á este Señor de peor condicion que á cualquier hombre? ¿No vemos en estos dolerse sumamente de la ingratitud, y apartar sus beneficios de aquellas personas en quienes no encuentran correspondencia? ¿Pues qué mucho que nuestro Dios tenga con nosotros la misma conducta, siendo tan superiores las razones que nos obligan á serle agradecidos, y las que deben mover su justicia á tratarnos con desprecio, y castigarnos como ingratos? Y verificado esto, di, hombre cristiano, ¿en qué puedes colocar tus esperanzas? ¿qué recursos te quedan para enmendar tu vida, para mejorar tus costumbres, para salir de tus miserias, para precaver los peligros, para salvarte de las enfermedades, para verte libre, en fin, de la infinita multitud de calamidades y miserias que oprimen esta vida? El Espíritu Santo dice en los Proverbios (*cap. 7.*): *Que aquel que vuelve males por bienes, esperiméntará siempre en su casa el dolor y la miseria.* Lo mismo debes esperar tú, respecto de tu